

## Reminiscencias del internado en el pabellón de practicantes y de la sala IV del Hospital Nacional de Clínicas (1954-1955)

Alfredo Buzzi

Profesor Emérito y Decano de la Facultad de Medicina de la Universidad de Buenos Aires.

### • I Parte

#### Resumen

Se exponen las reminiscencias y recuerdos del internado en el Pabellón de Practicantes del antiguo Hospital de Clínicas, que estaba situado en el predio ocupado hoy por la Plaza "Dr Bernardo A Houssay", delimitado por las calles Paraguay, Junín, JE Uriburu y la avenida Córdoba, en donde estaba su entrada principal. Después de transcribir algunas memorias de ex-practicantes ilustres, como José Arce (1881-1969) y Daniel Cranwell (1870-1953), el autor recuerda a sus maestros de la Sala IV, asiento del Instituto de Semiología "Gregorio Aráoz Alfaro", los profesores Tiburcio Padilla (1894-1963), Pedro Cossio (1900-1986) y Osvaldo Fustinoni (1909-2000), así como las actividades de los practicantes, tanto en la Sala de Guardia como en la Sala que habían elegido o les había sido asignada. También menciona a figuras clínicas de relevancia, como Víctor Raúl Miatello (1915-1979) y José Emilio Burucúa (1918-1995).

#### Memories of the internship at the Hospital Nacional de Clínicas (1954-1955)

##### Summary

The author's memories of his internship in the old Hospital de Clínicas of Buenos Aires, now demolished and replaced by the square "Dr Bernardo Houssay", are described. After mentioning the chronicles of some famous former interns, such as José Arce (1881-1969) and Daniel Cranwell (1870-1953), he remembers his teachers and mentors Tiburcio Padilla (1894-1969), Pedro Cossio (1900-1986) and Osvaldo Fustinoni (1909-2000), as well as the work of the interns at the Emergency Service and in the wards. He also mentions relevant clinical teachers such as Víctor Raúl Miatello (1916-1979) and José Emilio Burucúa (1918-1995).

La institución del internado como sistema de educación médica junto al enfermo se originó en Francia, constituyéndose en el corazón de la vida del hospital. La mención metafórica del órgano central

de la circulación contiene varias acepciones, entre ellas la de su trabajo incansable, permanente y regular durante las 24 horas de los 365 días del año. De acuerdo al doctor Maurice de Fleury en su libro *Le Médecin*, París, Hachette, 1927, esta maravillosa institución requería, para acceder a sus cargos, superar concursos difíciles, y durante cuatros años el practicante interno pasaba la mayor parte de su tiempo en el hospital. Durante la mañana examinaba los pacientes que ingresaban para presentarlos al jefe de sala o de servicio; después del mediodía realizaba una segunda recorrida de sala, y durante las veinticuatro horas aseguraba la atención médica de los pacientes internados. Una o dos veces por semana se hallaba instalado en la sala de guardia, donde asistía a las urgencias, realizaba las anestias con éter sulfúrico, y ayudaba al médico interno en las intervenciones quirúrgicas. En esta escuela incomparable, ante el desfile incesante de pacientes, podía evacuar sus dudas diagnósticas o terapéuticas con sus mayores o con los jefes de servicio y profesores de materias clínicas.

De acuerdo a Fleury (*loc cit.*), con su bien nutrida biblioteca, sus paredes ornadas con caricaturas y con inscripciones de toda índole, algunas irreproducibles, el pabellón de los internos era el lugar de reunión donde se compartían las cuatro comidas diarias, se practicaban juegos y tenían lugar querellas amigables. Como una reacción necesaria a un medio hospitalario terriblemente austero donde era imprescindible convivir diariamente con el dolor, la enfermedad y la muerte, los practicantes internos descargaban sus tensiones en las risas, los chistes, los gritos y los cantos. Cuenta Fleury (*loc cit.*) que durante su vida de practicante el eminente neurólogo francés Edouard Brissaud (1852-1909) era famoso por las bromas que él y sus camaradas del internado infligían a un administrador del hospital Lariboisière, de reconocido mal carácter y poco amigo de los practicantes. Cuando Brissaud contaba veinticinco años de edad y era interno del ilustre, dogmático y solemne profesor Charles Bouchard (1837-1915) en ese hospital, tres médicos ingleses que pasaban por París solicitaron ser presentados y poder escuchar una lección del maestro. Bouchard, afectado por una migraña, no había concurrido al hospital ese día.

---

Correspondencia: Alfredo Buzzi  
E-mail: drabuzzi@fibertel.com.ar

"Yo soy el profesor Bouchard", afirmó tranquilamente Brissaud. Ante el estupor mal disimulado de los médicos ingleses al hallarse ante la presencia de un maestro tan joven, y sin darles tiempo para reflexionar, Brissaud se dirigió a la cabecera de un enfermo que había examinado el día anterior y que conocía muy bien y pronunció una clase verdaderamente magistral. La profundidad de sus conocimientos, la claridad luminosa de sus demostraciones, la belleza de su elocuencia llenaron a sus interlocutores extranjeros de respeto y admiración. Cuando al acercarse a la puerta de salida iban a expresar su agradecimiento por una clase tan erudita y elocuente, el falso Bouchard se excusó, presionado por el tiempo y descendió a velocidad vertiginosa los dos pisos de escalera, dejando sorprendidos a los tres colegas ingleses por la juventud y la precoz celebridad de sus pares de Francia.

De acuerdo al profesor Daniel J Cranwell en su libro *Once lustros en la vida de un cirujano*, Buenos Aires, 1945, el internado era la institución más importante que los estudiantes de medicina encontraban en el curso de su carrera, era el hogar donde se formaban los futuros profesionales, la escuela más preciada y eficaz para la enseñanza práctica; la fragua donde se formaba el carácter y se adquiría amor al trabajo y a la sagrada profesión; el ambiente donde se desarrollaba el compañerismo y se adquirían al mismo tiempo los mejores sentimientos de humanidad hacia los pobres enfermos de hospital, que son doblemente dignos de nuestra piedad y afanes, ya que como lo afirmaba su maestro, el insigne clínico Georges Dieulafoy (1840-1911), son enfermos y, al mismo tiempo, desgraciados.

De acuerdo a Cranwell el internado era una institución netamente francesa y nuestros viejos profesores, que conocían los hospitales de París, seguramente se inspiraron en esa organización para implantarlo en los hospitales de Buenos Aires, especialmente en nuestro Hospital-escuela. Durante las frecuentes visitas que hizo Cranwell a la capital de Francia pudo siempre apreciar el gran valor del internado para implementar la enseñanza de la medicina y la cirugía.

El título de practicante interno se obtenía en París por riguroso concurso entre los externos de los hospitales. El cargo tenía una duración de tres o cuatro años, y quien lo desempeñaba era señor y dueño del hospital, sobretodo en ausencia del jefe de servicio. Se entendía directamente con éste, era su brazo derecho, estudiaba los enfermos recién ingresados y se los presentaba. Se hacía cargo del tratamiento, informaba sobre la evolución de la enfermedad y realizaba por la tarde una segunda visita, cuidando de seguir las disposiciones del jefe y de que todo se encontrara en orden. La capacidad de estudio y de trabajo de esos internos era generalmente extraordinaria y la mayor parte de su actividad se desarrollaba en la sala de guardia, de la que esta-

ban a cargo por turnos, y por consiguiente, debían tratar todos los casos de urgencia, tanto médicos como quirúrgicos, lo que les permitía adquirir una sólida preparación y una gran experiencia.

El internado fue el foco desde donde han salido los grandes médicos y cirujanos franceses que se destacaron a fines del siglo pasado y principios del presente. Y todos ellos siempre ostentaron el título de interno con el mayor orgullo hasta en los últimos y más elevados peldaños de su carrera. Cuando eran internos, los célebres neurólogos Joseph Babinski (1857-1932) y Pierre Marie (1853-1940) amaestraban a las enfermas histéricas para presentarlas a su maestro, el gran Jean Martín Charcot (1825-1893).

El internado en el Hospital Nacional de Clínicas era análogo al de los hospitales de París. El concurso para obtener el cargo no estaba basado en rigurosas pruebas orales y escritas, como ocurría en Francia, sino en las calificaciones de los exámenes finales, y era, por lo tanto, continuado, ya que el practicante debía siempre obtener calificaciones superiores para conservar el cargo.

La sala de guardia y el pabellón de practicantes del Hospital de Clínicas era un centro de estudio, de sana emulación y de grandes enseñanzas. En el contacto íntimo y permanente con el enfermo se aprendía del natural a observar, a diagnosticar y tratar, así como la medicina y la cirugía de urgencia. La sala de guardia era un centro incomparable de estudio y de experiencia, y al mismo tiempo un ambiente donde por estar el joven estudiante en contacto inmediato con el dolor, la miseria y la muerte, aprende a ser humano, compasivo y bondadoso; aprende mejor que en los libros, la gran filosofía de la vida, lo efímero de nuestro valer y de nuestra existencia, lo que obliga a la mayor modestia y a no perder el sentido de la realidad, aún en las más graves situaciones. Pero también se debe tener el orgullo de ejercer una noble profesión, que no obstante el realismo y la confusión de los tiempos actuales, es hasta cierto punto el refugio de los grandes sentimientos y los grandes sacrificios que nos fortalecen y nos permiten combatir con eficacia la enfermedad y la muerte.

Es esta escuela del internado la que ha formado nuestros grandes médicos y nuestros grandes cirujanos. En el Hospital General de Hombres, de aspecto triste y sombrío, que precedió al Hospital de Clínicas como hospital-escuela, se formaron como practicantes Ignacio Pirovano (1844-1895), Eduardo Wilde (1844-1913), Luis Güemes (1856-1927) y Manuel T Podestá. A pesar de sus limitaciones, este antiguo nosocomio, demolido a fines del siglo XIX, inspiraba a sus practicantes el orgullo de haber trabajado en él. Como lo afirmó el doctor Manuel T Podestá (1853-1920):

"Existía una cierta vanidad, una íntima satisfacción en haber trabajado como interno de ese hospital y los nombres de los practicantes grabados con cortaplumas en las paredes y en las desvencijadas puertas fueron durante mucho tiempo el testimonio de esa vanagloria".

Un gran número de nuestros grandes médicos y cirujanos que se destacaron en Buenos Aires desde fines del siglo XIX a comienzos del siglo XX se formaron en esa maravillosa y legendaria escuela práctica que fue el Pabellón de practicantes del Hospital de Clínicas: Pedro Lagleyze (1855-1916) en Oftalmología, Enrique Bazterrica (1861-1939) en Ginecología, Abel Ayerza (1861-1918) en Clínica Médica, Ángel Mauricio Centeno (1863-1925) en Pediatría; Alejandro Castro (1861-1902), Alejandro Posadas (1870-1902), José Arce (1881-1969), Pedro Chutro (1880-1937) y Enrique Finochietto (1881-1948) en Clínica Quirúrgica, para no nombrar sino algunas de las más relevantes personalidades de la Medicina y Cirugía Argentinas.

El profesor Daniel J Cranwell, en su libro *Nuestro Grandes Cirujanos*, Buenos Aires, 1939, al recordar a sus compañeros de internado, afirmó:

"Conservo el título de interno del Hospital Nacional de Clínicas como el máspreciado galardón, que guardo también el mayor reconocimiento a todos los maestros que actuaban en esa época, y que los recuerdos del internado forman la parte más amable de mi vida profesional".

El Pabellón de Practicantes no sólo fue un centro de estudio y de trabajo, sino también un ámbito de compañerismo, donde se formaron amistades que habrían de perdurar toda la vida. Así como los internos estaban obligados a pasar ingratos momentos al lado del dolor y de la muerte, no podían ni debían perder la alegría de vivir, el sentimiento instintivo de disfrutar la época amable y fugaz del internado. No debemos extrañarnos, pues, que aquí, como en París, las bromas, las travesuras, el espíritu alegre y jocoso predominaran en las fiestas que con frecuencia tenían lugar en el pabellón de los internos. Los recién ingresados solían ser víctimas de bromas bastantes pesadas. Cranwell relata (loc cit.) que la primera noche que durmió en el pabellón había arreglado su cuarto con cierta prolijidad, colocando sus prendas de vestir en un modesto armario y sus libros en una biblioteca más modesta aún. Antes de dormirse pensaba en aplicar sus conocimientos en algo práctico y útil. Sin que tuviera que esperar mucho tiempo, a medianoche fue despertado por algunos ligeros y discretos golpes, y medio dormido creyó oír la voz del enfermero, quien le avisaba que en la sala cuarta un enfermo grave reclamaba sus servicios. Aquella voz le pareció auténtica y se vistió presuroso para auxiliar al paciente. Al llegar a la sala notó que todo estaba tranquilo, una tenue luz iluminaba apenas el ambiente y al recorrerla pudo convencerse de que todos descansaban con la mayor tranquilidad. A poco andar apareció la hermana, moviendo las grandes alas de su toga blanca, quien amablemente le comunicó que no había novedad y que quizá era víctima de alguna broma. A su regreso encontró su pobre cuarto revuelto, la cama había de-

saparecido, y tuvo que peregrinar y trabajar no menos de dos horas para recuperar sus muebles y sus prendas. Pero decidió vengarse como correspondía, y el resto de la noche se entretuvo en golpear con una gran clava de gimnasia las puertas de los distintos cuartos, a veces con tanta fuerza, que la clava penetraba en el interior, después de haber saltado algunos tableros de las puertas.

De acuerdo al profesor José Arce, en su libro *Mi vida*, Madrid, 1957, antes de ingresar al quinto año de estudios se realizaba un concurso basado en las calificaciones obtenidas en el curso preparatorio, y en los cuatro primeros años, con el objeto de optar al cargo de practicante interno del Hospital de Clínicas, donde tenían asiento la mayor parte de las cátedras oficiales. Esa posición era muy codiciada; significaba figurar entre los mejores alumnos de la promoción. Arce obtuvo el primer puesto e ingresaron con él Ángel A Aisina, José Ignacio Astelarra, Alberto Cabaut, Martín Castro Ersclada, Pedro P Corti, Braulio D Moyano, Salvador Marino, Rodolfo S Roccatagliata y Agustín Saccone. Como era obligatorio vivir en el hospital, le fue necesario proveerse de muebles, decidiéndose por un sencillo juego de madera clara, no muy costoso, el cual, además de una mesa de estudio, contaba con un armario que habría de servirle de biblioteca. El hospital tenía un pabellón especial para los practicantes, aislado de las enfermerías, contiguo al edificio de la Administración, con ventanas sobre la avenida Córdoba. La pieza que eligió Arce estaba situada en la planta baja y tenía una ventana sobre el jardín. Allí vivió dos años, 1901 y 1902.

Muchas de las escenas de que fue teatro el pabellón de practicantes son dignas de Juvenilia, aunque para referirlas adecuadamente habría que poseer la pluma y el talento literario de Miguel Cañé. Al venir la primavera, Arce y Roccatagliata, a quien llamaban cariñosamente "Roquita", se instalaban al aire libre, debajo de los árboles más próximos al pabellón de practicantes, y antes de iniciar un capítulo de alguno de los clásicos autores franceses de la época, como Dieulafoy, Le Dentu o Dabove, se ofrecían un aperitivo literario de sus respectivas inclinaciones, habitualmente con la *Divina Comedia*. Su deleite con la dulzura del delicioso idioma de Dante Alighieri (1265-1321), así como las habilidades del librero Arsenio Buffarini, representante de la Casa Vallardi, lo decidieron a adquirir, por mensualidades, la Enciclopedia de Eulenburg, traducida al italiano. Al respecto, Arce recuerda que en ella siempre encontró la solución de los problemas y dificultades que se le presentaron en el curso de sus estudios.

Anualmente se celebraba una gran comida ofrecida por los internos mayores (de sexto año) y menores (de quinto año) a los egresados, o sea a los ex-practicantes mayores, que dejaban el Hospital por haber terminado sus estudios. Además de los platos preparados por el cocinero del pabellón, se adquirían viandas especiales, postres y vinos, champagne

y licores, casi todos de origen francés. Para la cena de 1902, Arce y "Roquita" fueron los encargados de comprar los vinos y licores, adquiriendo cajones de Sauteme, Beaujolais, Veuve Clicqot, Apricot Brandy, Cherry Brandy y Anisette Marte Brizard.

La Enciclopedia de Eulenburg que Arce había adquirido llenaba completamente dos de los estantes de su biblioteca. Su presencia, libros de color verde oscuro con títulos destacados en hermosas letras doradas sobre cuero rojo adherido al lomo de cada uno de los volúmenes, daban a aquella parte del mueble un hermoso aspecto, que admiraban todos los estudiantes que visitaban su habitación, única alfombrada y con mueble biblioteca. Arce, sin embargo, había decidido utilizarla con un propósito complementario. A medida que avanzaba la fiesta y la mayor parte de los oferentes de la misma sentían los efectos del alcohol, sin que nadie lo advirtiese, un buen número de botellas de diversos licores fueron desapareciendo de los respectivos cajones, y depositadas en la biblioteca, convenientemente disimiladas detrás de los gruesos volúmenes de Eulenburg.

Los días siguientes, después de almorzar y cenar, Arce y "Roquita" se encerraban en la habitación del primero, y mientras sacaban a relucir los versos de Dante, saboreaban una copa de buen licor, después de haber movilizado uno o dos volúmenes de Eulenburg. Pero estas reuniones, a fuerza de repetirse a la misma hora, despertaron las sospechas entre sus compañeros. Un día, cuando estaban en lo mejor de su plática poética, con las copas llenas y una botella a la vista, media docena de practicantes irrumpieron de improviso en la habitación por la ventana y los sorprendieron con las manos en la masa, pues además de la botella y las copas, tres volúmenes de Eulenburg yacían sobre la cama, dejando al descubierto el lugar de la improvisada bodega. Felizmente eso ocurrió después de algún tiempo y solamente quedaban intactas dos botellas, que como era de preverse pasaron a manos de los invasores. Arce y Roccatagliata debieron costear una compensación consistente en un "cabalín" en la "trattoria" sita en la esquina de Callao y Corrientes, y allí fueron a parar el sábado siguiente, corriendo con los gastos de la "raviolada" y de las milanesas rociadas con vino Chianti, por cuenta de "Roquita" y Arce, por mitades. Un cabalín consistía en una comida fuera del Hospital en celebración de algún hecho importante, a la que asistían todos los internos, menos los practicantes de guardia, a quienes para aminorarles el mal rato, se les obsequiaba de vuelta, con una botella de vino.

Pedro P Corti era apodado "el viejo", porque parecía realmente un hombre de edad, por su conducta, por el cuidado en el vestir, aun cuando algunos de sus trajes ribeteados con trencilla negra, resultaban un poco provocativos a sus compañeros; por su andar mesurado; por sus lentes pendientes del cuello a expensas de una delgada cinta negra, y por la costumbre de llevar siempre el diario plegado deba-

jo del brazo. Compartía en el pabellón de practicantes una de las grandes habitaciones del piso alto con Salvador Marino, a quien, tal vez por eso, lo llamaban "la vieja". Tenían sus cosas muy bien puestas y arregladas, y eso dio motivo para que una noche resolviesen hacerles un catafalco. Un "catafalco" consistía en desordenar la habitación de manera que al volver a ella sus ocupantes se viesen obligados a ordenarlo todo antes de acostarse. ¡Feliz de aquel que en media hora podía restablecer la situación tal cual la había dejado! La noche referida estaban ausentes ambos: "el viejo y la vieja". Desarmadas las camas, los internos hicieron un montículo en el medio de la habitación con almohadas, colchones, sábanas y fundas, y lo rociaron con agua. Es de imaginar la sorpresa e indignación causadas por aquel desusado catafalco. El día siguiente "el viejo" no pudo prescindir de un violento reclamo por haber sido violadas las reglas habituales de "la institución del catafalco".

Era evidente que algo se tramaba, especialmente contra Arce y Roccatagliata. Arce no tardó en experimentar en carne propia la dureza de la represalia. Una noche, al volver de madrugada, quedó sorprendido al abrir la puerta de su habitación con un espectáculo realmente desolador. Introducida por la ventana una manguera dejaba correr el agua de la cañería del jardín desde hacía algunas horas, pues la pieza estaba totalmente inundada. En esa época estaba de moda la irrigación continua en el tratamiento de la fiebre puerperal y durante el almuerzo se hicieron consideraciones alusivas a los buenos resultados que se obtenían con ellas. Tanto Arce como "Roquita" guardaron silencio mientras meditaban su contraofensiva. Antes de almorzar, Arce pasó por el laboratorio de toxicología, de donde sustrajo una pastilla de potasio elemento dentro de un pequeño frasco con kerosene. Al llegar al comedor, y estando todos los internos sentados y dispuestos a comer, Arce dejó caer la pastilla de potasio en un plato con agua que Roccatagliata había colocado debajo de la silla de Corti. Pretextando recoger su pañuelo caído, Arce dejó caer la pastilla de potasio en el plato, y pronto se sintió el rumor de la pastilla rotando en él; segundos después se producía una explosión, mientras "el viejo" quedaba envuelto en una nube de humo blanquecino y al incorporarse bruscamente, parecía ir "ascendiendo a los cielos".

Al patio que correspondía al pabellón de practicantes se tenía acceso desde la calle por una pequeña puerta de hierro; entrando por ella se evitaba la entrada principal, donde siempre había un portero o un sereno, y a veces un enfermero que atendía la guardia. El hecho es que la Dirección del Hospital llegó a saber que por la referida puerta solían entrar personas que no eran precisamente practicantes, y que alguna noche habían pernoctado en el pabellón veintiuna, en vez de las veinte personas que habitualmente la ocupaban. Se resolvió clausurar la puerta, pero pocos días después se supo que

algunos practicantes habían hecho reproducir la llave para su uso personal, y esto unido a algunas incidencias con los organilleros que transitaban por la avenida Córdoba, uno de los cuales se quejó a la Policía de que la manguera del jardín del Hospital entraba en actividad cada vez que acertaba a pasar frente al pabellón, decidió a la Academia a dictar una severa resolución de acuerdo con la cual la puerta de hierro fue tapiada, y los practicantes mayores debieron abandonar el Hospital el 31 de diciembre de 1902, en vez de hacerlo el 1 de marzo de 1903, como era costumbre inveterada. Fue así como los internos de la promoción de Arce, Roccatagliata y Marino perdieron dos meses de internado en el Hospital de Clínicas.

Hacia fines del siglo XIX las principales fiestas del internado tenían lugar el 25 de Mayo y en los días de carnaval. En esos días los internos jugaban con agua y toda clase de proyectiles, molestando a todos los que acertaban a pasar por la acera del hospital. Un buen día fue víctima un oficial de policía, quien concurrió para quejarse a la administración, que en ese momento se encontraba en manos de un practicante. De la administración fue enviado al pabellón y de ahí tuvo que volver a la administración, hasta que terminó por abandonar la partida.

En la fiesta patria tenía lugar un gran banquete seguido de fuegos artificiales y se lanzaban globos de papel. Como en la mesa abundaban los vinos y licores, a los cuales no todos los internos estaban acostumbrados, se nombraba un cuerpo de guardia cuyos componentes debían permanecer serenos y frescos para auxiliar a los intoxicados e impedir que cometieran desmanes, y si alguno se excitaba demasiado, calmarlo y llevarlo a su cuarto. Durante toda la comida y especialmente a los postres, se producían las bromas y los chascos, pues abundaban los bizcochuelos con centro de algodón y las pastas y cremas con mezclas inflamables o detonantes. Y la fiesta terminaba en medio de las más ruidosas manifestaciones de profunda satisfacción y extraordinaria alegría.

En el año 1891 ocurrieron en el hospital algunos episodios que merecen recordarse, porque al mismo tiempo que demostraban el espíritu alegre y travieso que dominaba a los internos, se descubría un gran sentimiento de solidaridad y el más sano y generoso compañerismo. Un asalto a la despensa durante las horas de la noche con sustracción de algunas conservas y licores, determinó la formación de un riguroso sumario y algunas escenas por demás cómicas y divertidas. Al ser interrogados, los internos manifestaron que sólo tenían conocimiento de los hechos por lo que habían oído del ecónomo y de algunos empleados de la administración. El sumario no demostró absolutamente nada, pero se fortaleció la puerta de la despensa y el ecónomo siguió lamentándose de la desaparición definitiva de unas botellas delgadas y de cuello largo a las que él denomi-

naba con cierta tristeza "cognac lungo".

Un episodio de la mayor importancia ocurrió cuando los practicantes internos presentaron su renuncia colectiva con motivo de un conflicto con el Director del Hospital. Un día de fines del mes de septiembre, una tarde muy calurosa de primavera. Máximo Castro se dirigió al pabellón de baños con el objeto de refrescarse. El ordenanza encargado del departamento de baños se insolentó y con aire autoritario le dijo que esa no era hora de tomar baños, y le cerró la puerta. Castro volvió al pabellón de practicantes y encontró a Prando encargado de la guardia. Ambos volvieron al pabellón de baños, le quitaron las llaves al ordenanza y lo suspendieron. A la mañana siguiente los internos supieron que el Director, sin mayores averiguaciones, había repuesto al ordenanza en el cargo, lo que les produjo el mayor desagrado e indignación. Al conocer un hecho tan insólito, y que desautorizaba por completo a los internos, después de deliberar ampliamente, éstos resolvieron presentar una nota a la Comisión del Hospital, exponiendo los hechos y haciendo renuncia colectiva de sus cargos, la cual reiteraron por considerar que su autoridad de internos se había encontrado disminuida.

De inmediato se puso de manifiesto un gran espíritu de solidaridad entre los estudiantes y los practicantes de los otros hospitales hicieron saber públicamente que en caso de ser aceptadas las renunciaciones, no concurrirían a ocupar los puestos. Por otra parte, Udaondo, hombre de influencia y muy relacionado, presentó los internos a la dirección de algunos diarios y aquellos practicantes que tenían alma de periodistas hicieron conocer los hechos, tal como se habían presentado. En el acta de la sesión del 2 de octubre de 1891 se puede leer lo siguiente:

"La Comisión Directiva del Hospital de Clínicas pasa una nota adjuntando una exposición de todos los practicantes internos y ayudantes de farmacia en la que hacen renuncia de sus respectivos cargos. Una nota del médico administrador da cuenta de los hechos ocurridos".

En la sesión del 5 de octubre se acordó no aceptar las renunciaciones de los practicantes. Los internos no se dieron por satisfechos y reiteraron sus renunciaciones. La Academia, en su sesión del 10 de octubre, resolvió, después de una detenida discusión, y por moción del Vicedecano doctor Eufemio Uballes, suspender la consideración de las renunciaciones hasta que los practicantes comparecieran ante la Comisión Directiva del Hospital encargada de solucionar el conflicto. Se pasó a cuarto intermedio para que esta última, presidida por el Decano doctor Mauricio González Catán, concurrieran a dicho establecimiento y reuniendo a los practicantes y ayudantes de farmacia, les manifestaran que la Facultad estaba dispuesta a hacer justicia, deseando que continuaran en sus puestos. Los practicantes vivían sobre un volcán; muchos hacían un verdadero sacrificio al re-

nunciar el preciado cargo, que tantos desvelos había costado. En las últimas horas de la tarde se anunció la visita de la Comisión, presidida por el Decano, la que poco después se presentó en el comedor de los internos, donde éstos se encontraban reunidos.

El doctor Cranwell recuerda al Decano de la Facultad de Medicina, profesor Mauricio González Catán (1823-1895), ya anciano, ligeramente encorvado, con su tez algo morena y barba gris, ojos pequeños y llorosos cubiertos por anteojos con fuertes cristales; el anillo doctoral con una hermosa piedra adornando su mano izquierda. El Videcano profesor Eufemio Uballes (1848-1933), con sus facciones finas, cabello y barba negros aún, tenía una serenidad imperturbable y no necesitaba las insignias del mando para hacer saber que era un gran dirigente. El Académico y profesor de Pediatría Manuel Blancas (1826-1906), con su porte noble y amable, sus maneras distinguidas, su palabra sencilla y el pensamiento siempre dispuesto para las mejores soluciones. La aparición de aquel grupo de académicos presididos por el venerable decano generó una profunda impresión, los internos se levantaron como movidos por un resorte y todos de antemano se consideraron vencidos.

Habló primero González Catán. Sus palabras fueron paternales y las lágrimas asomaban en sus pequeños ojos. Uballes, con gran autoridad, les dijo que podían estar seguros de que la Academia haría justicia y que deseaba que no insistieran con sus renuncias. Blancas también les habló en forma paternal, manifestando que la Facultad estaba como siempre dispuesta a hacer justicia y deseaba que continuaran en sus puestos. Los internos desistieron de su actitud. En efecto, consideraron que la visita de los académicos al modesto pabellón del hospital era la mayor satisfacción a la que podían aspirar, y por lo tanto, retiraron de inmediato y sin deliberar sus renuncias.

Durante el proceso de este enojoso asunto, se puso en evidencia un gran espíritu de cuerpo y una absoluta solidaridad entre los internos, al mismo tiempo que el mayor compañerismo de los estudiantes, pues muchos les manifestaron que no concurrirían a reemplazarlos, en el caso que sus renuncias fueran aceptadas.

Los orígenes del practicantado están obviamente en íntima vinculación con la inauguración del Hospital de Clínicas. Si bien la construcción del hospital estaba prácticamente terminada en 1880, y con la denominación de Hospital Buenos Aires recibió a los heridos de la revolución que tuvo lugar ese año, fue recién el 21 de agosto de 1883 cuando el doctor Eduardo Wilde, Ministro del Presidente Julio Argentino Roca, y de acuerdo con la ley sancionada el 3 de junio del mismo año, entregó en acto solemne dicho hospital a la Facultad de Ciencias Médicas, el que pasó a llamarse desde ese momento Hospital Nacional de Clínicas. El acto de entrega tuvo lugar

en el Salón de Operaciones del hospital, contando con la presencia, entre otros, y además del Ministro Wilde, de los doctores Pedro Antonio Pardo (1829-1889), Rafael Herrera Vegas (1834-1910) e Ignacio Pirovano (1844-1891).

Cuando ingresé como practicante interno al Hospital Nacional de Clínicas en 1954, hace ya medio siglo, no tomé conciencia de la influencia decisiva que tendría para mí esa experiencia, no sólo desde el punto de vista médico, sino también personal. Ciertamente, recordaba a mis maestros de Semiología y Clínica Propedéutica, ya que había cursado esa asignatura en la Cátedra que dirigía el profesor titular Dr Tiburcio Padilla (1895-1962), uno de mis personajes inolvidables que me habían enseñado las técnicas de la anamnesis y del examen físico, así como las bases de la relación médico-enfermo. También tenía en cuenta las lecciones plenas de sabiduría y sentido clínico del Dr Juan P Garrahan (1893-1970), profesor titular de Pediatría con asiento en la sala VI. Pero el sentido de pertenencia que me brindó vivir en el hospital y compartir diariamente con mis compañeros de camada las alegrías y frustraciones que implican los primeros contactos con los enfermos era muy distinto al que había experimentado como estudiante.

Recuerdo a mis condiscípulos MH Alvarez, FJ Mordeglija, F Lanari Subiaur, E Campo Mercandino, M Mendoza, MN Castex, T Gutiérrez, C Feder, N Matheus, EM Gall, BV Bello, S Blum y P Aramendia, con algunos de los cuales me sigo viendo en la actualidad, sin dejar de recordar esos días tan felices y plenos del internado. Entre mis practicantes mayores recuerdo especialmente a C Vaamonde, hoy notable nefrólogo radicado en EE.UU., a V Lissarrague, fallecido prematuramente en un accidente automovilístico, a J de la Riva, destacado profesor de fisiología y a F Fernández Madrid, especialista en reumatología que ejerce en EE.UU. De todos ellos recibí útiles enseñanzas que brindaron con toda generosidad, así como buenos ejemplos de conducta médica.

Me fue asignada una habitación individual en el primer piso del Pabellón de Practicantes con ventana que miraba hacia los bellos jardines del hospital. Después de terminar de cenar, cuando me disponía a retirarme para estudiar, encontré la habitación revuelta, la cama desarmada y las sábanas y frazadas dispersas por el piso. Tuve un presentimiento al abrir la puerta, ya que el picaporte estaba untado de un material viscoso y maloliente. Poco a poco me fui integrando a las actividades diarias de la guardia, no sólo en los días que me correspondían, sino también con ansias de adquirir una experiencia práctica, observando y examinando el mayor número de pacientes posibles, ya que la enseñanza en la Facultad de Medicina era eminentemente teórica. Eran mis médicos internos el Dr Feferico Pilheu (promoción 1945), hábil cirujano que conocía a fondo todos los secretos de la Clínica Quirúrgica, quien mante-

nía una férrea disciplina sobre nosotros y al mismo tiempo nos transmitía generosamente su gran experiencia, y el Dr Isidro Perianes, de la misma promoción, que ya se perfilaba como un destacado cirujano cardiovascular.

Todos los practicantes internos debíamos elegir una sala-cátedra a la que dedicábamos las horas de la mañana. No dudé un instante en adscribirme a la Sala IV, sede del Instituto de Semiología, donde había cursado la asignatura, ya que contaba con figuras relevantes de la Medicina Interna y de las especialidades clínicas, como el profesor titular Pedro Cossio (1900-1986), quien había sucedido a Tiburcio Padilla, los profesores adjuntos Enrique Fongi, Osvaldo Fustinoni, Pedro C Rospide, Francisco Martínez y Víctor Raúl Miatello. Entre las personalidades más jóvenes se destacaba netamente la figura de José Emilio Burucúa, otro de mis personajes inolvidables que poseía una dedicación inquebrantable a la docencia, una erudición médica poco común en los médicos de su generación, y una cultura general digna de un humanista. Mi vocación por la Medicina Clínica se había despertado al cursar la materia Semiología, en la cual aprendí no sólo el Arte y la Ciencia del diagnóstico, sino también lo enriquecedor que significa la relación con el enfermo y sus familiares. También en ese momento surgió en mí un vivo interés por la docencia, inspirado por la sapiencia y generosidad con las que estos maestros brindaban sus enseñanzas.

Entre las tareas del practicante de la sala IV estaba la preparación de la lista de los medicamentos genéricos mediante fórmulas magistrales que eran prescriptos a los enfermos internados. Dicha lista debía ser realizada a la primera hora de la mañana. El Dr Alfredo José Bandoni era el director de la Farmacia del Hospital de Clínicas y supervisaba personalmente las recetas magistrales, señalando con un lápiz rojo que siempre llevaba consigo el más mínimo error, sobre todo en las unidades de peso, y aun en el empleo de los puntos y las comas. Era un verdadero maestro en el arte de formular y aprendí de él muchas lecciones que me fueron de gran utilidad en mi ulterior práctica profesional.

Cuando no tenía una actividad programada en las primeras horas de la mañana, me dirigía al segundo piso del Instituto de Semiología, y recorriendo un largo corredor llegaba hasta el aula donde se dictaban de lunes a sábado a las 8 horas las clases de Semiología a las que ya había asistido como estudiante, pero que volvía a escuchar con verdadera fruición, tal era la calidad de las exposiciones y la jerarquía de los disertantes. Recuerdo que el profesor Pedro Cossio dictaba sus clases magistrales dos veces por semana, los martes de Semiología General y los viernes de Semiología del Aparato Circulatorio. Eran clases para recordar. Cossio, como un maestro inigualable, despertaba el interés de los oyentes volcando su experiencia médica como semiólogo con-

sumado, relatando anécdotas de pacientes y colegas que matizaban su presentación. En ocasiones hacía llevar un paciente al aula que él no conocía previamente y realizaba frente al auditorio la inspección, la palpación y la auscultación, llegando siempre a un diagnóstico que resultaba ser acertado. Tenía la virtud de exponer su metodología del examen físico y los pasos de su razonamiento clínico, que eran de una utilidad inigualable para los futuros médicos. Los lunes se dictaban las clases de Semiología del Aparato Respiratorio al cargo del profesor adjunto Francisco Martínez y del docente libre (actual docente autorizado) Dr Gerónimo Horacio Álvarez: Era este último un médico de preparación excepcional, medalla de oro de la promoción 1944, que había obtenido sobresaliente en todas las asignaturas. Pese a su juventud, era uno de los más distinguidos neumólogos de Buenos Aires. Falleció trágicamente en un accidente de aviación en Mar del Plata en Enero de 1959 junto con los doctores E Braun Menéndez y JM Mezzadra. Los días sábados se daban las clases de Semiología del Sistema Nervioso, a cargo del profesor adjunto Dr Osvaldo Fustinoni y del docente libre José E Burucúa. Fueron ambos para mí inolvidables maestros, en ese momento quedó confirmada mi admiración por la capacidad docente de ambos para explicar un tópico que resultaba complejo para no pocos alumnos.

Después de almorzar en el Pabellón de Practicantes, y exceptuando los días de guardia, secundaba a los Médicos Residentes de la Sala IV en la tarea de asistir a los pacientes y redactar las historias clínicas de los pacientes ingresados después del mediodía. Entre los médicos residentes menores y mayores tengo presente a A D'Alessandro Bacigalupo, V Pecorini, T Sadler y V Lissarrague. Recibí de todos ellos provechosas enseñanzas sobre el diagnóstico y tratamiento, las cuales pude utilizar cuando accedí al cargo de médico residente en 1955. Con Victorio Pecorini (camada de 1951) iniciamos una amistad que mantenemos en la actualidad. Fue uno de los discípulos dilectos de Pedro Cossio con quien escribió un texto de Electrocardiografía, y se destacó como uno de los primeros especialistas en Medicina Nuclear, actuando primero en el Hospital de Clínicas y luego en organismos internacionales. Conviene recordar aquí que las Residencias Médicas del Instituto de Semiología fueron las primeras en crearse en nuestro país en 1944 por iniciativa del profesor Tiburcio Padilla. En efecto, el 17 de mayo de 1944 solicitó a las autoridades de la Facultad de Medicina la creación del cargo de Médico Residente Menor y Mayor del Instituto de Semiología, que sería concursado por antecedentes en los ex-practicantes internos del hospital. Fueron los primeros médicos residentes los doctores J Berreta, G Álvarez, A Houssay, H Ruggiero, P Mazure, H Mosso, y D Gotlieb.

Victorio Pecorini integraba el equipo de Hemodinamia, que lideraba JE Burucúa y del que también

formaban parte A Perosio y S Kaplan, este último como bioquímico. Poco después pasé a formar parte del mismo, teniendo a mi cargo inicialmente la esterilización de los catéteres y la preparación de los instrumentos de registro gráfico para participar activamente más tarde en la realización de los exámenes hemodinámicos. El profesor Cossio enviaba para estudiar aquellos pacientes con cardiopatías congénitas y adquiridas que necesitaban una mayor precisión diagnóstica o una evaluación en vistas a una operación del corazón. Eran los comienzos de la cirugía cardíaca a cielo cerrado, y se practicaban valvulotomías mitrales y cierres del conducto arterioso persistente. Con el liderazgo de Burucúa, se presentaron contribuciones originales sobre anomalías del retorno venoso, comunicación interauricular, hipertensión pulmonar en las cardiopatías congénitas, y correlaciones electrocardiográficas y hemodinámicas en afecciones cardíacas congénitas y adquiridas.

Para un practicante interno la sala IV ofrecía un abanico de oportunidades para adquirir una sólida formación clínica. El profesor adjunto Dr Enrique Fongi dirigía el equipo de estudios del medio interno y desequilibrios electrolíticos junto con los doctores Gauna, Centurión, Martiarena y García Enrich. El Dr A Bibiloni (promoción 1947) era el jefe de Electrocardiografía y colaboraban con él los doctores Boskis, Lissarrague Boverini e Yraola. Los doctores Berreta y Mosso eran estudiosos de la balistocardiografía y de la endocarditis bacteriana.

**Continúa en el próximo número**

### **Bibliografía**

- Burucúa JE, Buzzi AP, Califano JE, Pérgola FM, Burucúa JE(h), Bagnoli O, Pereyra G. El Pabellón de Practicantes del Hospital de Clínicas. Buenos Aires, Fundación De All, 1991. 400 páginas.
- Hatton EN. Los días de José Arce. Una vida consagrada al bien. Buenos Aires, Amorrortu, 1966. 139 páginas.
- Thibaud Uriburu NC. De un siglo a otro. Memorias inéditas del Doctor Marcelino Herrera Vegas. Buenos Aires, Dunken, 2002. 22<sup>o</sup> págs.
- Fleury, M. Le Médecin. Paris, Hachette, 1927.
- Pérgola F, Sanguinetti F. Historia del Hospital de Clínicas. Buenos Aires, tomo I, 1998; tomo II, 1999.
- Cranwell DJ. Once lustros en la vida de un cirujano. Buenos Aires, 1945.
- Cranwell DJ. Nuestros Grandes Cirujanos. Buenos Aires, 1939.
- Arce, J. Mi vida. Madrid, 1957.
- Buzzi A, Pérgola F. Clásicos Argentinos de Medicina y Cirugía. Buenos Aires, tomo I, 1993. Roberto Wernicke, págs 66-68, Manuel Podestá, págs 70-71, Abel Ayerza, págs 121-123, Alejandro Castro, págs 124-126, David F Prando, págs 151-154, Luis Agote, págs 155-159, Marcelino Herrera Vegas, págs 181-184, José Arce, págs 228-231.
- Buzzi A. Evolución histórica de la Medicina Interna en Buenos Aires. Pren Méd Arg 1980;67:413.
- Buzzi A. Víctor R Miatello. Pionero de la Nefrología Argentina. Medic. del Atlántico 1980;20:562.
- Buzzi A. Pedro Cossio (1900-1986). Pren Méd. Arg 2000; 87:728.
- Buzzi A. Osvaldo Fustinoni (1909-2000). Pren. Méd. Arg 2000;87:419.
- Buzzi A. José E Burucúa (1918-1995). Pren. Méd. Arg
- Buzzi A. Tiburcio Padilla. Pionero de la Cardiología Argentina. Creador del sistema de residencias médicas en nuestro país. Tribuna Méd 1970;6:58.
- Buzzi A. Dr Rodolfo Dassen. Homenaje a su memoria en el centenario de su fallecimiento. Pren Méd Arg 1999;86:931.
- Isola JM. Rodolfo Dassen (1899-1953). "el faro". Rev Fund Fac Med 2003;13:20.